

DECIR Y MOSTRAR: EL SILENCIO DEL MAESTRO

Oscar Pintado Fernández. Madrid

Resumen: El presente artículo pretende recordar algunas experiencias personales con el profesor Jorge Vicente Arregui, desde el contacto directo de su autor a lo largo de 15 años. Se intenta responder a algunas preguntas, aprovechando la distinción wittgensteiniana entre «decir» y «mostrar», para dibujar la figura del profesor Arregui como la de un verdadero maestro, más allá de su faceta como profesor universitario y director de tesis. Gorka, como lo llamaban sus amigos, fue un ejemplo para todos aquellos que se plantean la filosofía y la vida como búsqueda de la verdad. Algo a lo que siempre fue fiel, desde un compromiso personal absolutamente admirable.

Abstract: This article constitutes an attempt to recall some personal experiences with professor Jorge Vicente Arregui from my friendship with him for fifteen years. This pages try to answer some questions using the Wittgensteinian distinction about «to say» and «to show» in order to draw the outline professor Arregui as a real master, far beyond his role as a university instructor. Gorka, as his friends called him, was an example for all of us, who consider philosophy and life as the search for truth. He remained always faithful to this principle with his personal engagement in a really superb manner.

«Como el ser humano ni es ya todo lo que puede ser ni lo es a la vez, el verdadero autoconocimiento no se consigue al cavilar a solas sobre sí sino mediante la atención a la diversidad. Y, como ninguna manifestación histórica de la vida la agota, ésta adquiere un carácter abismático que la convierte en enigmática. La vida es misteriosa y la filosofía tiene como objeto el enigma de la vida porque ésta excede siempre a sus productos, porque al profundizar en ella nunca tocamos fondo, siempre hay más» (J. V. Arregui, *La pluralidad de la razón*, Síntesis, Madrid, 2004, p. 29). Con estas palabras, en la exactitud y desde el provocador interés que todo cuanto decía Gorka contenía, expresaba en las primeras páginas de su último libro publicado, algunos fogonazos de luz fundamentales acerca de qué es la filosofía, qué es la vida y qué puede hacer el filósofo. Se tenía a sí mismo como un artesano de la filosofía y no como aquel que ha recibido la gran tarea de ordenar un sistema de pensamiento capaz de dar una explicación de la totalidad de lo real. Poseía las dos grandes cualidades que, fijándonos en Sócrates, han de asistir al filósofo y, como veremos, al maestro: la humildad y la pasión. Por eso la tarea filosófica, un quehacer enamorado, ha de tener su emplazamiento en el reino de las preguntas, de las nuevas cuestiones —hace muchos años me dijo que el sistema tomista no podía situar en su clasificación qué tipo de ente es una tarjeta de crédito, para deslegitimar los sistemas filosóficos que pretenden estar por encima de la historicidad—, del diálogo fructífero que sin descanso inquiere la verdad.

«Lo más importante que puedes intentar conseguir de tus alumnos, me aconsejaba en una ocasión, es que tengan amor por la verdad». Sencillo, ¿no?

Hay varias preguntas que querría contestar o aclarar en las líneas que siguen. Todas ellas son una fuente de perplejidad, representan *el hechizo* que el lenguaje provoca en nosotros, como a Wittgenstein le gustaba recordar. Se trata de un enigma, en efecto, que me habría gustado atajar más allá de mis propios pensamientos hace ya mucho tiempo y justamente a propósito de quién es Gorka. Tal inquietud, por tanto, no toma su brío a partir del prematuro viaje de Gorka *al otro lado*, sino de mi propia experiencia, de la que empecé a hacerme consciente mientras ya disfrutaba de su amistad. Por eso la fuente de la que manan estos interrogantes no es la estructura del propio lenguaje, el modo como engarzamos las piezas de nuestro puzzle sintáctico, sino su sentido, o sea, la vida, la concreta existencia de Gorka, su imparable empuje, la fuerza de su influencia en el armazón intelectual de los que nos consideramos estrictamente discípulos suyos, de su filosofía y de su vida, seguidores de su manera de amar la verdad. De ahí que la perplejidad valga la pena. Cualquier respuesta que aquí pueda ensayarse no tiene, por ende, otro fin que alumbrar, que hacer fructificar el preguntar mismo. Y además se trata de un camino que exige retorno, volver a recorrerlo evitando atajos, regresar una y otra vez y no dejar de reiterar la cuestión. O lo que es lo mismo, es la exaltación de la esperanza de que quien lea, dialogue, discuta o haga enmiendas, deje circular su vida entrometiéndose con/frente a otras experiencias vitales alrededor de una vida de la que la justicia humana no puede ya dar cuenta. En ese sentido, Gorka, maestro de filosofía, no se resiste tampoco a ser un símbolo. Nunca nos dejará de dar que pensar. Seguirá siendo ese enigma cuya resolución no está al alcance de nadie, como a todo verdadero enigma le pertenece.

Pues bien, ¿qué hace un maestro?, ¿qué hace a un maestro?, ¿en qué consiste el verdadero silencio?, ¿por qué sólo se encuentra lo que no se busca (y no se merece)?

Rilke decía en su ensayo sobre estética que los versos no son sentimientos, sino que expresan experiencias. Lo único de lo que podemos dar fe —y este es un no pequeño privilegio— es de aquello que vivimos. Creo que Wittgenstein es quien mejor ha sabido contar que el sentido es algo que se vive y no un contenido de la mente. Nuestras experiencias, los versos que podríamos escribir si tuviésemos el talento y el tiempo suficientes, son nuestro patrimonio más valioso, aunque sólo sea porque nos constituyen como hijos de nuestros padres, padres de nuestros hijos, esposos de nuestras esposas, amigos de nuestros amigos, discípulos de nuestros maestros. Me cuidaré mucho de no añadir a esta lista «maestros de nuestros discípulos». No tenemos experiencia de ser maestros, porque no tenemos experiencia de enseñar. El maestro nunca sabe que lo es. Como Levinas decía, y Gorka me repetía, no hace el padre al hijo, sino al revés. Lo mismo ha de suceder con la relación maestro-alumno. Gorka pudo saber que era un profesor, incluso, a juzgar por los resultados, podría estar orgulloso de haber sido un buen profesor. No supo, ni siquiera creo que pudiese llegar a pensar, que fue un maestro. Porque sus discípulos nunca le habríamos podido agradecer lo suficiente como para que él *se diese cuenta*. Los únicos que pueden dar cuenta de la paternidad son los hijos agradecidos y únicamente el discípulo puede dar

cuenta al maestro de su maestría. Pero para ello hay que poder agradecer lo suficiente. Y eso no es posible. Suelo repetir que, aparte de una serie de deudas pagables, tengo una deuda impagable, la que contraí con mis padres —y ante todo con Dios— al ser engendrado. Lo rumié durante años, pero es a la luz de cierta distancia respecto de la muerte de Gorka, que me hago cargo de que también con él contraí una deuda impagable porque él quiso regalarme su amistad, su atención, su consejo, sus preocupaciones, sus inquietudes, su vida, lo que se puede regalar, en fin. Lo que recibimos regalado no lo podemos pagar jamás. Amor, con amor *no* se paga.

Lo que hace un maestro

¿Qué hace un maestro? ¿En qué consiste su magisterio? El maestro ama en silencio los pensamientos del alumno. El maestro enseña al alumno el camino que le conduce a sí mismo, a conocerse a sí mismo, a la verdad. La primera vez que vi a Gorka llevaba una gabardina beige y se dirigía serio a impartir clase. Yo ya había oído hablar de él. Alguien me dijo «ése es». Pensé que debía de ser un tipo muy profundo. No quería imaginármelo, tal vez convencido de que la realidad siempre ofrece más de lo que somos capaces de imaginar. Sencillamente le observaba y alimentaba la esperanza de poder hablarle cara a cara. Pude verle por el campus de la universidad otras pocas veces antes de que nos conociésemos. Me había fijado en él como el adolescente enamorado que pierde su mirada escondida en una posible musa a la que amar desde la sombra de sus propios sueños, como un genio al que imitar —algo que intento hacer sin éxito desde entonces siempre que discuto en serio de filosofía, y han pasado 15 años—. Quizás una de las primeras condiciones que delatan al maestro es que no sabe que sus admiradores le ven sin ser vistos. Después de las primeras clases sobre las *Meditaciones* de Descartes y el *Tratado sobre el Alma* de Aristóteles, o se estaba con Gorka o se estaba contra él. Por dos razones. La primera de ellas porque nos había convertido en cartesianos para después desmontar punto por punto toda la doctrina antropológica cartesiana. Y eso provocaba, a juicio de algunos de los que asistían a sus clases, que todo lo dicho antes no servía, que había que tirar los apuntes porque lo que parecía verdad, lo que nos había convencido asombrando nuestro hambriento afán de saber, en realidad no se sostenía. Y entonces la verdad acerca del hombre era lo que Aristóteles decía... Me da pena recordar que algunos alumnos de primer curso le tildaban de sofista, porque no afirmaba algo como verdadero sin más, sino que demostraba la falsedad de aquello que se oponía a lo que quería sostener, para poder, en efecto, defenderlo. Fue, por tanto, recalcitrantemente dialogante. La segunda razón por la cual la opinión acerca de Gorka estaba polarizada, es que en él jamás, insisto, jamás, pudo diferenciarse filosofía y vida. Esto, que parece haberse convertido en un tópico de obituarios es, sin embargo, una profunda verdad que puede decirse de muy pocos. De Wittgenstein, de Proust, de Rilke, de Gorka. Eso significa que era un filósofo en el sentido de que echaba fuera el azúcar del café y se le caía la ceniza o que pitillo en los pantalones, que se tropezaba constantemente con la tarima del aula o que sólo tenía una corbata, negra, porque servía para todas las ocasiones. Que muy bien

habría podido, como Wittgenstein, pasarse días comiendo únicamente queso para no distraerse de lo importante. Pero significa también que sus clases eran pura vida. No había simulacros, su representación —todo profesor interpreta un papel— dejaba difusos los límites de su profesión y de su vida. Y no porque, como a muchos profesores nos es inevitable, hablase de sí, de sus cosas; no porque, consciente o no, pretendiera la confianza o incluso la admiración de los alumnos, relatando episodios de su vida personal. Nada más lejos de su, llamémosla, *práctica docente*. Que en sus clases la vida y la profesión no estaban delimitadas significa sencillamente que escucharle era mágico; de ese tipo de magia tras de cuyas manifestaciones no hay truco sino sólo eso, magia. Espíritu, diríamos. Sin embargo, quienes ya amábamos a Gorka, al profesor Jorge Vicente Arregui, lo hacíamos sin poder decirlo, porque lo hacíamos sin saber lo que hacíamos. Meramente le admirábamos. Permanecí en esa sombra del discípulo incluso algún tiempo después, cuando ya tomé contacto más directo con él. Cada mes me prestaba cuatro o cinco libros para que los trabajase, siempre después de haber oído qué me interesaba, qué me gustaba, qué me atraía, con qué me entusiasmaba. Me dejó seguir el camino del existencialismo sin soltar una sola palabra acerca de Wittgenstein. No me enseñaba la filosofía que él ya sabía, me daba lo que yo pedía, a partir de las preguntas adecuadas. «¿Qué te inquieta, qué te atrae más en filosofía?». Que yo sintiese atracción por el existencialismo no era una excusa para alimentar el papel de joven problemático, algo en lo que Gorka sapientísimamente nunca se metía —jamás le oí juzgar a una persona delante de un alumno y, cuando alguna vez lo hizo fuera del ambiente de las relaciones alumno-profesor, fue para juzgar acciones, no personas. De las personas normalmente lo que hacía era hablar bien, destacar virtudes que habitualmente pasan desapercibidas—. No alimentaba la bohemia del alumno, decía, sino que el interés por la filosofía de la existencia significaba la oportunidad de que yo pudiese leer *Temor y Temblor* o *El concepto de la angustia* a pelo, para después contarle qué decía Kierkegaard y qué me parecía a mí. Los discípulos son muy egoístas, exprimen al maestro para saber, para aprender, soñando con que alguna vez podrán ser tan sabios como su mentor.

Gorka daba, decía y, sobre todo, callaba. Aunque parezca mentira para quienes le conocieron, callaba. Porque si hablaba de sí, el incondicional alumno iría por la senda que él marcaba y eso él no lo toleraba. El maestro dice aquello que puede decir con sentido. ¿Cómo muestra lo que no se puede decir? Eso es lo que hace a un maestro. Lo que no se puede decir es, por ejemplo, aquello que arruinaría la carrera del discípulo, exigirle fidelidad a cambio de lo que el ruido del mundo llamaría fracaso. El maestro no quiere incondicionales, desea más bien, como decía más arriba, que el alumno piense por sí mismo y llegue a la inquietud por la verdad, por conocerse a sí mismo. Esto polarizaba la opinión acerca de él. Porque no está al alcance de todos ser discípulo a cambio de perder el propio prestigio profesional o una posición acomodada en un departamento. No se podía ser indiferente ante quien tan decididamente te dejaba a ti la tarea de hacerte como filósofo. Su escrupulosa fidelidad a la libertad de los otros le granjeó no pocas antipatías, porque esa tolerancia de lo diferente no estaba reñida en él con una estridente defensa de lo que creía. Ser más que un profesor es un

honor que tienen aquellos que, por ello, se hallan condenados al amor, pero también al rechazo.

Hasta aquí he intentado contestar a qué hace que un maestro lo sea argumentando que el maestro no se sabe tal y, en segundo lugar, que permite, en una suerte de auténtica mayéutica, que el alumno descubra la vía que le conducirá a hacerse el tipo de preguntas que se hará y no otras ya propuestas por el profesor. Pero hay una tercera cifra, un tercer «síntoma simbólico» —si se me permite— que dice magisterio y que complementa lo dicho hasta ahora: el maestro quiere ser amigo del discípulo. Este querer no es un desear, no es una ilusión ni una declaración de intenciones, sino más bien un proyecto calculado. Como toda forma de amor, se extiende hacia el futuro con una confianza ciega, con una fe que mueve a esperar. El proyecto que el maestro tiene para el discípulo es paciente a la vez que riguroso. Ha de esperar, no como quien está a la expectativa —según la vieja distinción de Ricoeur—, sino que la paciencia viene aquí impuesta porque el alumno no puede ser reducido al proyecto del maestro. En este sentido el magisterio encuentra una senda repleta de las espinas de la soledad, que brotan por un doble motivo. De una parte el egoísmo del alumno, al que ya me he referido; de otra, por la humana impaciencia que puede afectar al maestro. Quisiera que el discípulo hiciese tal y tal cosa, se interesase más por los temas que mejor le encajan, hiciese algo de futuro, que ofrezca oportunidades de autorrealización profesional, ... Y no. El maestro resiste, se sobrepone, pues, como decía Rilke, «sobreponerse es todo». Se pone a sí mismo por encima de sus posibilidades, de sus preferencias y ama del discípulo el trabajo; incluso llega a admirar los incipientes frutos de la tarea intelectual. Así era Gorka. Rodeado de amigos, fue, hasta que en los últimos años conoció a Araceli, quien habría de ser su mujer, un solitario. La soledad de Gorka fue siempre para mí un misterio que sólo ahora se me alumbra en cierta medida. Su constante interés por el trabajo de sus pupilos era motivo de sonrisas —repletas de ineptitud— entre nosotros; no podía ser que se preocupase de la comunicación que íbamos a leer o del artículo que íbamos a publicar más que nosotros mismos. Cuántas veces eso no alimentaría sino el ego del discípulo. Pues el maestro corregía hasta la última de las comas; sus sugerencias eran siempre sutiles y sólo te dabas cuenta de su oportunidad y su brillo al cabo del tiempo. No entregaba matices geniales a los escritos, los depuraba sintácticamente, buscaba claridad; decía lacónicamente sin tapujos: «no se entiende». Pero sobre todo, sabía encontrar tesoros en los desiertos de nuestras contribuciones. Muchos tenemos el honor de conservar textos corregidos en cuyos márgenes, la tinta negra de su pluma dibujaba la expresión «Muy bueno!!!». Y uno se sorprendía de haber pensado o escrito algo que a Gorka le hubiese gustado e interesado tanto. Lo bueno de todo ello es que era verdad. Como los poetas, veía más realidad que el resto. Se apresuraba a corregir los textos de sus alumnos y discípulos como si fuera su dedicación profesional. Es más, tenía plena conciencia de que él se dedicaba a eso, a sus alumnos. Durante el largo período en que su producción intelectual fue menos abundante, nunca dejó de preocuparse por nuestro trabajo. No puedo reproducir aquí la cantidad de horas que la paciencia de Gorka invirtió en ver la manera de que yo consiguiese compatibilizar mi vida familiar y mi trabajo con la redacción de mi

tesis doctoral. Cuando se acercaba alguno de los múltiples congresos que sólo su energía fue capaz de sacar adelante, no le faltaba tiempo para telefonar y pedir que le enviásemos lo que íbamos a presentar.

Así escapaba el maestro a su soledad permaneciendo en ella. Gorka sólo tenía rostro humano y supo ser el amigo silencioso y solitario que disfrutaba plenamente cuando en un congreso de filosofía se daban cita unos cuantos amigos. Aparte queda el que en la mayoría de las ocasiones su vocación por la verdad, por momentos obsesiva, provocase declives en su ánimo en el preciso momento en que había de llegar el gran gozo del encuentro. Y todo porque errores humanos, malentendidos lingüísticos, pecados lógicos o pequeñas miserias, sembraban en él el peor de sus enemigos: el desengaño; y precisamente esta es una cualidad que sólo tienen los solitarios que gestionan su soledad en beneficio de otros y no de sí mismos.

En qué consiste el verdadero silencio

Los silencios de Gorka fueron más sonoros porque cuando argumentaba lo hacía con las tripas, como le gustaba decir a Higinio Marín. Porque repetía sus argumentos de diversos modos inesperados, buscando la claridad de la explicación. Así, tras la aparición del combate discursivo que solía mantener, podía encontrarse un silencio monumental. El del que escucha y el del que medita; el del que calla para que otros hablen y el del que calla porque lo que podría decir no merece la pena ser dicho.

Nadie escuchaba como Gorka. A veces parecía estar embebido en sus pensamientos mientras le hablabas y te embargaba la impresión de que tus palabras no lograban captar su atención. En ocasiones te miraba fijamente, hasta tal punto que creías que estaba pensando en la respuesta en vez de escuchar lo que decías. Y no. Tal vez sucedía como dice Pedro Salinas, que en ocasiones «lo que eres me distrae de lo que dices». Pero tenía la increíble facultad de escuchar al tiempo lo que le decías. Eso, obviamente, sólo podía advertirse por la réplica.

Agradeceré siempre a Gorka todo lo que no me dijo en sus otros silencios. Lo que no podía ser dicho, lo que sólo podía mostrarse. Algo que la vida después, a lo largo de estos años, ha demostrado. Y mostrar lo que no se puede decir es algo que hacía con verdadera habilidad. Eso sin duda nos hacía más inteligentes. Pero también me duelen los silencios de la soledad de la que no pudo salir porque, tal vez pensase que una inquietud, una preocupación que le obsesionaba, no era el tema del que había que hablar. También esto se desvelaba por lo que otras veces sí decía. Y se quedó asolado en muchos rincones de su conciencia sin trasladar a otros lo que le preocupaba. La maestría de su diálogo residió siempre en decir lo que consideraba que podía ser dicho, que *debía* ser dicho.

Los más grandes silencios que guardó se refieren a personas. No encontraremos en la biografía de Gorka falsos halagos ni tampoco críticas infundadas o gratuitas. En él no había palabras que sobrasen. Su vocación filosófica convirtió su vida en un poema, puesto que ni una coma, ni un punto, ni un paréntesis faltaban o estaban de más. Poseía la grandeza de la inocencia infantil unida al genio intelectual, que en

nadie he encontrado parecido. Por esta razón no servía para la política; por ello las intrigas académicas le dolían como traiciones a lo que él consideraba la verdad: la pasión de los alumnos por conocer lo que merece la pena ser conocido. Quienes le conocieron poco tal vez juzgasen en alguna ocasión que se pasaba de la raya cuando cierta cuestión administrativa mal llevada le irritaba. No se trataba de manías de un intelectual purista, sino de la pureza de un alma entregada a la verdad, al trabajo bien hecho, a lo que sí vale la pena. Esa inocencia infantil le inhabilitaba para la gestión de cualquier recurso que no fuese ejercer la amistad y hacer filosofía: o sea, aquello a lo que entregó su vida. Para grandes heroicidades grandes inocencias, pocas ingenuidades, pocas palabras y el sacrificio que exige aquello por lo que merece la pena entregarlo todo.

Pero todo esto jamás lo explicó en clase. Tampoco hablé con él en un derramamiento sentimental de su pasión por la filosofía de Wittgenstein, porque se mostraba en su epidermis. No había que dar razones de por qué algo ha de entenderse de un modo y no de otro, porque la fuerza de su discurso era demasiado expresiva. Su defensa de aquello que pensaba que era verdadero parecía rebasar los límites de la cortesía a juicio de su adversario en alguna disputa. Pero ello no sólo adquiría esta apariencia por las formas, por la desatada vehemencia con que exponía sus argumentos. Sino porque se veía que a aquel tipo le interesaba lo que decía y lo que se decía; que sin duda aquel donostiarra iba en serio. Y una disputa filosófica removía los quicios de toda la superficialidad académica que tanto hemos de soportar. Con Gorka se tenían garantizados goles, porque en sus partidos siempre jugaba al ataque. Pues bien, detrás de todo ello, había toneladas de silencios. Por eso las disputas estaban colmadas de honradez intelectual. No tenían intenciones malévolas, no había juego sucio, sino juego duro, porque hallar la verdad no podía consistir en jugar para pasar el rato, para entretenerse.

El verdadero silencio no consiste en el meditabundo pasar de las horas, sentado, perdida la mirada en el infinito, pensando, ... El verdadero silencio se manifiesta en lo que se dice y en lo que se vive. Y muy probablemente en la coincidencia de lo que se dice y lo que se vive, por muchas tensiones que eso pueda provocar en la persona que calla en cuanto dice y que dice lo que ha de ser dicho. Los grandes maestros del silencio no lo son de la meditación, sino del buen decir. Gorka descargó siempre en su vida todo el silencio que fue preciso, porque amó lo verdadero más allá de su conveniencia, pero no de la conveniencia de los otros; en ocasiones más allá de su integridad, sin sobrepasar jamás la de los otros. Amó lo verdadero con un silencio que sobrepasaba su fama, pero nunca la amistad. Por eso, sus palabras repletas del silencio vivir, son un privilegio para sus discípulos y sus amigos y no dejan de resonar. Porque nunca hubo vacíos.

Por qué sólo se encuentra lo que no se busca (y no se merece)

Habitualmente buscamos desde nuestro buscar y no hacia lo buscado. En tales ocasiones el encontrar es un éxito. Pero sólo aparente. Porque cuando encontramos

así, no *nos* encontramos. Un verdadero encontrar exige un encontrarse. Requiere que quien indague lo haga, como Gorka, en serio. No todos tenemos esa fuerza de voluntad, esa entereza, esa honradez ni esas ganas. Porque quien inquiere para dar una respuesta, una brillante respuesta, algo que resulte, que sea reconocido, no sabe lo que *se* pregunta. El buscar, como el preguntar, está volcado a la respuesta sólo en la medida en que ésta sea la mejor respuesta; sólo en tanto que el tesoro encontrado sea el mejor de los tesoros y no unas baratijas que, con todo, pueden sacarnos de un apuro. O todo o nada, valdría decir. En el buscar quien busca se encuentra a sí mismo porque lo encontrado le trasciende, le vacía de sí, como a quien, en estado de éxtasis, se ve movido a decir «jamás ojo vio ni oído oyó» («excepto el mío, oh dichoso de mí», se habría de añadir). El buen buscar está condenado al gran hallazgo porque transforma los resortes de la propia subjetividad. Lo encontrado es entonces definitivo para mí. No es verdad que quien busca encuentra. O al menos, no es verdad que eso que encontramos al buscar, si verdaderamente hace que nos encontremos a nosotros mismos, haya sido fruto de nuestra búsqueda. Todo aquello que nos acerca un poco al conocimiento de nosotros mismos, a la verdad, proviene de lo que *nos encontramos*. El rastreo del sentido es un cuento de nunca acabar que precisamente comienza, hace de todo lo anterior un mero proemio despistado, cuando nos encontramos con el sentido y nos encontramos en el sentido. Jamás damos con la persona que estábamos buscando, sino que ella *sale a nuestro encuentro*. Quien sale al encuentro puede encontrarse y entonces encontrar verdaderamente, porque la búsqueda le viene de fuera. El sentido siempre tiene el carácter de algo ajeno que se transforma en lo más nuestro. Este es el sentido de la amistad. No podemos buscar a nuestros amigos. Hoy encontramos anuncios publicitarios que nos ofrecen encontrar: «encuentra aquí a tus amigos»; ya ni siquiera proponen el esfuerzo de la búsqueda, sino que te lo dan por encontrado.

Una vez más la infancia muestra aquí su sabiduría. Nos hace gracia que los niños de temprana edad confundan buscar con encontrar. Y a veces hemos de escuchar la queja del pequeño que dice que no consigue buscar lo que le hemos dicho que encuentre. Cuánta poesía hay en ello. En efecto, lo importante para encontrar es buscar, si no sabemos buscar, es decir, si sólo buscamos para encontrar, no encontramos; pero esto significa: no buscamos.

Por lo demás, el verdadero encuentro no se merece, no es un mérito de nuestros esfuerzos, sino un don que ni multiplicando nuestras fuerzas y habilidades por cien, llegaríamos a alcanzar. ¿Cómo podríamos encontrar, tras de una calculada búsqueda, a nuestro maestro? Es él quien sale a nuestro encuentro. ¿Qué méritos tenemos? ¿Cuáles son los puntos determinantes de nuestro Currículum? ¿Cuál es la prueba de fuego que hemos de pasar para tener un maestro y no un mero director de tesis? Que Gorka haya sido una persona cautivadora, un filósofo en su más exacta definición, que haya sido un amigo es algo que yo y como yo el resto de sus discípulos, no buscamos. Gorka nos salió al encuentro como maestro a aquellos que, gracias a él y, estrictamente hablando, a él, hemos amado la filosofía. Y no sólo la filosofía, sino la universidad, la investigación, el gustar de la especulación como tarea que se hace entre amigos; para la que no se precisa de una sala de conferencias, sino tan solo un par de sillas y la mesa

de la cocina. Por eso mi deuda es impagable, porque mis merecimientos, como no podían ser de otro modo, suman cero al cabo. Mi contribución en este sentido es tan sencilla como importante para mí. Me dedico a la filosofía, sé que es mi vocación porque conocí a Gorka en 1991 en un pequeño despacho del Instituto de Ciencias para la Familia de la Universidad de Navarra y me quiso, me eligió y me enseñó. Ahora él sí lo sabe.

* * *

Oscar Pintado Fernández
c/ Luis de Hoyos Sáinz, 190
28030-Madrid